

maghenta
EDITORIAL

El caballero Minaya

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta obra, cualquiera que sea el medio empleado: electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc., sin el permiso explícito de los titulares de los derechos.

1.ª Edición.

© Francisco Moreno, 2007.

© Maghenta, S.L.
Autovía de Madrid, Km. 315,700
50012 Zaragoza
Tel. +34 976 106 300
Fax +34 976 106 301
www.maghenta.com

Ilustración de portada: Marta Cambra Melús

Depósito Legal: Z-044/07
I.S.B.N.: 84-935490-6-1

Impreso en Zaragoza, España.
Talleres Editoriales Cometa.

El caballero Minaya

FRANCISCO MORENO

maghenta
EDITORIAL

*A Marta y Arturo
como regalo de boda*

El 17 de septiembre del año 1111 cayó en domingo. Y ese día, en la aún inconclusa catedral de Santiago de Compostela, un niño de cinco años fue coronado rey de Galicia.

1

MENENDO, SILVICULTOR

¡Parece mentira, hombre, parece mentira...!

Parece mentira que yo, estando como estoy al servicio directo del obispo de Compostela, en el último momento me haya quedado sin un buen sitio, en lo interior del templo, para ver los actos de la coronación. Y menos mal que, desde esta esquina de la plaza, al menos podremos ver bien la llegada del nuevo rey, ¿verdad, hermano?

¿Que no me conoces? Pues claro que no. Cómo me habrías de conocer, si a mí no me conoce nadie... Ya dijo Pentecostés que el humilde admira al grande, pero el grande ignora al humilde en su insignificancia. Bueno... ahora mismo no estoy seguro si fue Pentecostés el que dijo estas palabras certeras, o si fue algún otro sabio de la antigüedad pagana, pero tampoco importa demasiado, ¿no es verdad?

Tú, como todo el mundo, conoces a los que, por sus grandes hechos o los de sus abuelos, ven su nombre llevado de boca en boca, por las ferias y mercados, en las charlas de familia o en las conversaciones de tabernas y ventorros.

Conoces a los señores, a los que tienen bienes y sabiduría, poderío y riquezas. Pero ¿a mí? ¿cómo me habías de conocer!

No soy más que Menendo Galínez, un simple criado del obispo de Compostela. No tengo, como mi señor Gelmírez, grandes sucesos que me hayan dado renombre. Tampoco tengo bienes, como no sean los recuerdos de la infancia, cuando mi alma era tan pura que en el nombre de aquella pureza espero ser recibido por el Señor que a todos nos habrá de juzgar; que esto lo tengo ya puesto desde hace muchos, muchos años, en las manos de la Santa Madre de Jesús.

Ahora ya no soy, hermano, ¡la Divina Providencia se apiade de mí!, aquel niño inocente. Ahora soy un sucio pecador que no deja de ofender a Dios y a los hombres. Sobre todo los ofendo con mi pecado de por arriba, pero también los he ofendido en alguna ocasión... por abajo.

Así es. No sé si yo sería capaz de explicarte cómo he ofendido a Dios por abajo. Los pecados enormes necesitan ser descritos con palabras formidables, y mi boca es sencilla y pequeña. Más adelante, si la ocasión es propicia, tal vez pueda encontrar la forma de hacerlo, pero por ahora...

Por ahora, sólo puedo decirte que mis pecados de por arriba tienen un único nombre: el del vino. Sí, hermano, bebo tanto que comprendo que puedas llegar a despreciarme. Pero no deberías ser demasiado riguroso conmigo, no vaya a ser que también tú caigas en el pecado de la injusticia. No está en mis manos evitar mi yerro, porque soy un hombre débil, sencillo e ignorante. Eso lo sabe la Santa María *gratia plena*, y es bueno que también lo sepas tú. Pregúntate a ti mismo, como yo he hecho mil veces, si puede pecar el que no tiene la capacidad para dejar de hacerlo.

Seguramente tú has conocido a tu madre. Puede que aún la conserves, que tengas la dicha infinita de poder besarla, de ir con ella a las vísperas, de descargar tus penas en su pecho amoroso. Y si Dios ya ha querido llevarla a la gloria eterna, al menos te habrá dejado la riqueza inmensa del recuerdo de sus sonrisas y de su abrazo cálido. Yo nunca conocí a la mía: mi madre murió cuando yo aún no había aprendido a hablar. El Señor se la llevó, y no quiso dejarme tan siquiera la memoria de los ecos de su voz.

A mi padre, en cambio, no se lo llevó el Señor. Bueno, yo conservo, a pesar de todo, la esperanza de que en el último momento se hubiera arrepentido de sus pecados, porque era un hombre temeroso de Dios y muy fiel a la

Santa Madre Iglesia. Se vio obligado a pecar igual que me veo obligado a pecar yo. Él pecó para comer, y por eso el conde de Traba mandó que le cortaran la cabeza. Yo peco por beber, y por el momento estoy vivo, y a Dios le imploro que me conceda un instante final para el arrepentimiento.

El señor obispo..., sí, sí, el obispo de aquí, el mismo que está ahí dentro, en la catedral, a punto de coronar al nuevo rey. A ese sí que lo conoces, ¿verdad? A mí no, pero a Gelmírez, ¿quién no conoce a Gelmírez, eh? Bueno, pues te decía que el obispo Gelmírez estuvo durante algún tiempo, en aquellas épocas en que empecé a trabajar con él, muy interesado por mis padres. Después perdió la curiosidad, seguramente preocupado por cosas de más altos vuelos, pero al principio me hacía preguntas y comentarios que, lo reconozco, me producían cierta confusión.

—Menendo —me preguntó un día, mucho antes de lo del pecado de por abajo—, ¿qué le pasó a tu padre, hombre, con el conde de Traba, eh?

El obispo Gelmírez era entonces, y lo sigue siendo al día de hoy, una persona muy preocupada por las cosas de los demás; no importa que uno sea conde, reina o criado, que él siempre se interesará por todo.

A veces me pregunto si es normal esa capacidad suya para estar al tanto absolutamente de todo lo que ocurre, lo que ocurrió y lo que ocurrirá. Porque a mí, allá en el monasterio de Sobrado, me enseñaron los frailes que sólo Dios Nuestro Señor puede conocerlo todo, porque tiene la omnisciencia, que es como una..., no sé si se le puede llamar así..., como una enfermedad, de la que los humanos estamos libres. Pero el señor obispo tiene algunos de los síntomas de esa omnisciencia, porque sabe casi todo, y lo que no sabe, lo pregunta.

Lo que le había pasado a mi padre con el señor de Traba fue lo que le pasó a tantos otros: que lo encontraron cazando en tierras ajenas. Como mi padre y yo, que era por aquel entonces un rapaz muy pequeño, vivíamos por los montes que hay entre Iria, Caldas y Estrada, dedicados a la silvicultura, o sea, a recoger las cosas del monte para venderlas por las aldeas y pueblos, a veces (¡los inviernos son tan largos... y tan duros!) mi padre se veía obligado a cazar algo para poder subsistir. No cazaba mucho, lo indispensable, no voyas a creer, pero algo cazaba.

—¿Y tú piensas, Menendo —me preguntó el obispo, inclinando su frente hacia el suelo con humildad—, que las avecillas del cielo son propiedad de los señores de la tierra?

Pero yo, créeme que te hablo con el corazón en la mano, no sabía en estos casos qué contestar, porque para mí siempre ha sido un misterio la forma en la que se reparten las cosas de este mundo sus dueños. Y estas preguntas del obispo no contribuían precisamente a aclarar mis ideas. Porque el conde de Traba decía que sí, que las avecillas de su cielo, es decir, que las avecillas del cielo de sus tierras, eran suyas, y que el que las cazaba debía morir.

Yo, francamente, cuando se mezclan estas cosas del cielo y de la tierra, no soy capaz de aclarar mis propias ideas.

Bueno, yo no soy capaz de aclarar mis propias ideas casi nunca, como tal vez ya hayas visto o ya hayas creído percibir, porque no soy una persona lista. Sólo tengo claro que soy un gran pecador, pero creo que Nuestra Señora me tendrá preparada alguna solución para cuando llegue el momento del viaje definitivo, ese que mi padre ya hizo, y que algún día habrá de hacer también el señor de Traba, y que harás también tú, y yo, y... supongo, el obispo Gelmírez.

Digo esto del obispo, lo de supongo, porque sé bien que es una persona muy especial, y no estoy completamente seguro de que a él le alcancen las mismas limitaciones que a los demás seres humanos. Yo conozco cosas del obispo que con toda seguridad nadie más sabe o, como mucho, sabrán algunos pocos, tal vez el papa, quizá la reina...

No, Gelmírez no es una persona más, de las que nacen y mueren y desaparecen sin dejar en este mundo un rastro más perdurable que el que deja por el campo la vaca que pasta. Por eso no me atrevo a afirmar que él, como nosotros, haya de verse sometido al viaje de la muerte. A lo mejor se libra; para algo le habrá de servir tanta omnisciencia como tiene.

¿Tú no crees que en el mundo hay personas diferentes? No me refiero a personas un poco diferentes, porque hasta un pobre y torpe lego como yo puede ver que los humanos no somos iguales, al menos en nuestros cuerpos.

Me refiero a personas muy diferentes, a personas que a lo mejor ni siquiera son personas, no sé si me explico, porque es muy difícil para mí...

Yo creo que sí, que hay personas muy especiales, y pienso que Gelmírez es de esas personas, o no personas, o lo que sean. Dios Nuestro Señor me perdone a mí si digo una blasfemia, y a ti si la escuchas, pero a veces pienso que Gelmírez no tiene alma, o que tiene varias, o que, si tiene una sola, como nosotros, no es un alma normal y corriente, de las que se manchan por pecado y se lavan por confesión y penitencia. Tiene que tener un alma muy especial, a prueba de pecados, incluso de los de abajo.

¡Hay que ver qué cosas digo! ¡Que los veintiún compañeros de San Roberto de Molesme rueguen al Señor para que no me tenga en cuenta tanto atrevimiento! Ya ves, me gusta conversar contigo, y la lengua parece que se me aligera más de lo que es habitual en mí.

Bueno, no quiero entrar en filosofías, porque la filosofía, según me enseñó el monje preceptor del monasterio de Sobrado, es un camino de herejes. Dejemos a un lado el alma de Gelmírez, cuyas revueltas se me escapan. Mirándolo solamente como hombre, ahí sí que te lo digo, hermano, Gelmírez es grande.

Todos los que estamos a su servicio en el palacio episcopal lo respetamos y lo queremos por su recato y su sencillez. Por mucho a que nos obligue su servicio, nos dedicamos a él con alegría, casi con devoción, sin escatimar esfuerzos. Tanta es su gloria, que hace que los hombres nos olvidemos de nuestros pequeños afanes egoístas.

Esta misma mañana fue de mucho trajín. Yo me tuve que levantar al toque de maitines para ayudar en los trabajos de preparación del palacio episcopal; que si el vino, que si el pan, que si los cirios y las flores...

¡Cuánto trabajo hemos tenido! Y todos tan contentos.

Y el más contento, el propio obispo. No es para menos. Hoy va a consagrar a Don Alfonso Raimúndez como rey de Galicia, según las disposiciones que había hecho en vida su abuelo el rey Alfonso VI. Se ve que Gelmírez está orgulloso; no me extraña. El nuevo rey es un niño; nació en el año de Nuestro Señor de 1105 ó 1106, no sé exactamente en cuál de ellos, pero sí que ahora

tiene solamente cinco años de edad. Yo sería incapaz de decir si es nuevo rey o rey a secas, porque ya el año pasado lo declaró rey de Galicia el conde de Traba, en cuanto supo que don Alfonso VI se había ido, como tú y como yo, a rendir en las manos del Padre su último viaje.

¿Y qué me dices del ajetreo que hay por aquí? Compostela es una gran ciudad, creo que es la más importante del mundo, no sé si tú estarás de acuerdo en eso, pero yo lo digo porque se lo oí decir a Gelmírez. Como es tan grande, aquí no resultan raros los acontecimientos importantes. Pero el de hoy es más que importante. Han venido todos los condes de Galicia, muchos de León y alguno de Castilla. También está la reina doña Urraca, la hija del fallecido don Alfonso VI, que gloria haya, y que por sus buenas obras la merecerá sin la menor duda. Doña Urraca ha venido, casi más por madre que por princesa, a ver cómo el obispo Gelmírez consagra a su hijo en el trono de Galicia.

Dicen que doña Urraca es la mujer más bella de España, incluidas las moras; Dios me perdone, pero lo dicen. Yo no lo digo, ¿eh?, que yo no entiendo de bellezas de mujeres; sólo digo que lo he oído referir.

También comentan que se tomó más de un año para dar su sí a la coronación; se ve que no tenía mucha prisa, pero eso a mí me parece natural. Las cosas de los reyes son demasiado importantes y no se deben hacer de forma precipitada. El obispo se pasó todo el año algo molesto, porque él pensaba que la reina tendría que ser más rápida en dar su consentimiento, pero yo no sé quién estaría más atinado; si el obispo que quería rapidez, o si la reina que buscaba prudencia y reflexión.

Este es otro asunto en el que se mezclan las cosas del cielo y las de la tierra, y que me deja muy desconcertado, como sin saber con cuál de las dos verdades quedarme.

Igualmente se encuentra en Compostela aquel caballero Minaya, uno que había venido hace algunos años a las fiestas de Santiago, no sé si sabes quién es. Prefiero no hablar de él, porque por su culpa pequé por abajo. No sé a qué habrá venido, ni me importa, pero yo, por si acaso, voy a procurar estar bien lejos de ese forastero.

Y, por supuesto, no falta el conde de Traba. El conde de Traba también quería más rapidez en el tema de la coronación, como el obispo. Yo no le guardo rencor al conde, aunque dispuso la muerte de mi padre y lo hizo decapitar en Caldas en medio de la plaza.

A mí no me dejaron asistir a la ceremonia de la decapitación, y me mandaron a la iglesia de Caldas, porque decían que los niños no debían ver aquel espectáculo. El conde después fue bueno conmigo y se encargó personalmente de que yo entrara en el monasterio de Sobrado para ser niño oblato y hacer carrera eclesiástica. El conde de Traba hizo que mi vida mejorara mucho, y probablemente también la de mi padre, al menos si, como espero, tuvo un instante final para el arrepentimiento.

—Eres hijo del pecado, Menendo —me dijo el abad de Sobrado cuando ingresé en el monasterio—, pero has tenido la suerte infinita de que el señor conde se haya interesado por ti, y determinase que no todo aquel que procede del pecado haya de vivir en el pecado por el resto de sus días. Tú vivirás la vida pura de los que se dedican a servir al Señor. Tú no pecarás.

Pero se equivocaba el abad, Dios se apiade de mí por la intercesión de San Emeterio, San Celedonio y los dieciocho mártires de Zaragoza. Porque he vivido en el pecado mi vida entera, y no me cansaré de repetirlo; sí, hermano, déjame que lo diga una y otra vez, porque yo podré ser horrible pecador de por arriba y de por abajo, pero lo que no estoy dispuesto a hacer es a ser pecador de contumacia, ni a agravar mis culpas cometiendo otra más horrible aún: la de ignorarlas, la de despreciarlas, la de no tenerlas presentes. Habré de ser como el mártir San Vítores, que habiendo sido decapitado por insistir en predicar la palabra del Señor, andaba por los caminos con la cabeza bajo el brazo, diciendo, por ejemplo, *Pater noster qui est in coelis, sed libera nos a malo*, y otras razones aún más profundas de su teología admirable.

Sí, el abad se equivocaba cuando decía que yo no habría de pecar, aunque su equivocación naciese de la inocencia y bondad, no como los errores de los herejes, que nacen de las semillas de odio que el innumerable planta en sus corazones.

En fin, como ves, no falta nadie en la fiesta de la coronación. Todos están, y todos están alegres. Yo también, aunque no sé por qué. Te preguntarás, yo al menos me lo pregunto, qué más me dará a mí que coronen rey a uno o a otro, que lo hagan en Santiago de Compostela o en Toledo, ni que venga o no venga la reina o el conde.

Es verdad, todo ello me afecta muy poco, va muy poco conmigo, y sin embargo, noto dentro de mí, no sé por qué, ni cómo, ni por dónde, que participo de alguna manera en la gran fiesta, y que es una fiesta también mía. Tal vez el Señor Nuestro Dios, feliz como estará por el exacto cumplimiento de sus planes, irradie sobre la atmósfera toda de Galicia un aliento de su gloria infinita y de su infinita felicidad, y ese aliento, que yo respiro como lo respirarán los demás habitantes de Compostela y de las otras provincias de la Galicia toda, llene mi corazón con un mensaje de alegría divina, como si me estuviera contagiando de la omnisciencia. ¿Tú no la notas, esa sensación de alegría universal?

Esta felicidad inocente me recuerda las fiestas populares de mi niñez, cuando mi padre, en su nomadeo de silvicultor, iba por las aldeas, sobre todo en verano, vendiendo el carbón, las piñas y otros productos de su trabajo en los montes. Tengo un recuerdo especial de los días de mercado en Cuntis y en Ouzande, por la zona del monte Espiñeira. Todo el mundo parecía muy contento, y había vacas, cerdos y caballos; esos días comía cosas muy especiales, como lechuga, huevos o habas, cosas que no pude catar de manera normal y periódica hasta que entré en el monasterio.

Recuerdo una vez, bendita sea la Santa Madre del Señor, que pude comer gallina.

Fue en Barcala, a los pies de Monte Xesteira...; ¿en Barcala?...; bueno, si no fue en Barcala, fue en Carracedo, que siempre los he confundido. Nos llegamos mi padre y yo hasta un corral que a la entrada de la aldea hacía las veces de humilladero, y en el que no había más que un cura con media docena de vacas y veinte o treinta gallinas, todos congregados bajo la sombra sencilla de unas cuantas acacias.

—Hermanos —nos dijo—, arrodillaos a los pies del Señor, porque sólo por su deseo y divina voluntad habéis podido andar los caminos del monte sin sobresaltos. ¡Venga, venga, arrodillaos...!

Pero nosotros no sabíamos dónde estaba aquel Señor ante el que nos habíamos de arrodillar, porque el corral no tenía más que la hierba, las acacias y las modestas piedras con que se cercaba. Mi padre se dirigió al cura y, quitándose respetuosamente el bonete, le preguntó:

—¿Dónde habremos de arrodillarnos, señor cura, que aquí no se ven imágenes de madera ni cruces de piedra, ni parecen existir señales que indiquen dónde está el Señor Nuestro Dios?

—Allí donde deposites tu limosna para la Santa Madre Iglesia, allí está el Señor. El hombre de buena voluntad no tiene que andar mucho para encontrarse con Dios, ni necesita cruces ni ninguna otra señal de la Divina Presencia.

Y mi padre le entregó al cura un saqueto de piñas, diciéndole, al tiempo que se arrodillaba:

—Alabado sea Dios. Soy silvicultor y sólo poseo lo que, por deseo del Espíritu Santo, me da el bosque. Toma estas piñas, que no hago más que devolverle una parte pequeña de lo mucho que Él nos da a mi hijo y a mí en esas soledades del monte.

—Que el Señor te perdone, por esta limosna, todos tus pecados.

—Que Él se digne disculpar que no hayamos sido capaces de saber dónde teníamos que arrodillarnos —respondió mi padre, sin levantarse—. Somos personas de bien, pero nuestra sencillez no nos permite conocer de forma pronta los mensajes de Dios.

Resultó que aquel cura no sólo era cura, sino que compaginaba ese oficio con el de vendedor de ganado, y usaba el humilladero para recoger las limosnas de los caminantes y para vender algunos animales al que pudiera estar interesado. Yo mismo le ayudé a vender una vaca y seis o siete gallinas, mientras mi padre procuraba hacer su comercio entre las gentes del lugar.

A mí siempre me gustó el juego de comprar y de vender, y sobre todo el de discutir los precios, que me parece divertido y útil. No creas que he podido practicarle mucho, porque nunca he tenido el vicio de la posesión, que es el

que te hace andar en mercadeos, pero en el monasterio de Sobrado tuve que comprar a veces uvas para la comunidad, o vender vino, y el sochantre siempre me dijo que lo hacía muy bien.

Y, volviendo a la feria de Barcala y al tenderete del humilladero, te diré que al final de la jornada el cura nos invitó a cenar en su habitación, que era una dependencia aneja a la propia iglesia, y fue allí donde conocí por primera vez en mi vida el sabor de la gallina.

Todos los recuerdos que tengo de la cena que hicimos en la iglesia de Barcala se me vienen ahora a la memoria, porque noto que la alegría general que hay hoy en Compostela es muy parecida a aquella que yo tuve al comer el manjar exquisito que la gallina me pareció. Debe de ser, no sé qué pensarás tú, que las alegrías todas van a un mismo sitio o paraje del corazón, y que allí hacen juntanza y se confunden unas con otras, de forma que, cuando tenemos un goce, al llevarlo a ese territorio del corazón o del alma, nos reencontramos con los otros goces del pasado, que dormían donde los habíamos puesto.

Tengo para mí que estamos llamados a llevarnos a la vida eterna todos esos deleites depositados en nuestro interior, excluyendo naturalmente los deleites de pecado, tanto los de por arriba como los otros, y sobre todo los otros, y que la felicidad eterna va a estar hecha en gran parte con los goces propios de cada uno, que se podrán usar y usar a voluntad *per saecula saeculorum, amen*. Aunque supongo que la divina sabiduría y bondad del Salvador completarán el capital de goces de cada alma, para que no se repita en la vida celestial y perfecta el mal reparto de felicidades que, por plan divino, reina en la terrenal.

Y me ocurre que, cada vez que para mi pesar y pecado, bebo más vino que el que permiten las reglas que juré respetar, me veo en los cielos, repitiendo mi cena de gallina, con mi padre y el cura de Carracedo, o de Barcala, o de donde sea; y siempre nos acompañan más comensales celestes, que se llegan hasta nosotros, atraídos por el olor exquisito de la cena. Y así unas veces acude el eremita Paterno, casi siempre acompañado por Juan de Atarés, el anacoreta del cuerpo incorrupto. Y otras veces vienen sabios bíblicos, como Pentateuco o Zacarías; pero estos vienen menos, porque no habían

sido cristianos en vida, y en el cielo no deben de ser ni tan importantes ni tan felices como los otros.

A veces vienen también seres de aquí, como Gelmírez o el conde de Traba, pero eso sólo me ocurre cuando verdaderamente bebo demasiado.

2

GELMÍREZ, CLÉRIGO

Deleita tu corazón, hermano, porque la jornada de hoy es jornada de felicidad y de regocijo en el Señor. No permitas que los pequeños problemas de cada día ensombrezcan la alegría del hoy, ni que las cargas y trabajos con que Dios ha querido hacernos lavar la falta original de nuestros primeros padres te impidan disfrutar de las mieles del momento.

Alegra, por tanto, tu corazón, y si llegas a sentir la mitad de la alegría que siento yo, creerás que tu alma ya no puede albergar ni una gota más de bienaventuranza.

Hoy es un día de gran contento para toda la cristiandad, pero sobre todo para los gallegos. Gracias a la perfecta ejecución de los planes divinos, de los que yo no soy más que un instrumento humilde, Galicia vuelve a tener su propio rey y reemprende aquella andadura por los caminos de la Historia que le dio antaño tanta gloria y tanta felicidad.

Y si todo corazón gallego tiene tantos y tan colmados motivos para estar alegre, ¿qué no se podrá decir del mío propio, de mi pequeño pero animoso corazón de obispo y de hombre? Hoy voy a tener la satisfacción de consagrar ante nuestro patrono Santiago al nuevo rey de Galicia, y serán mis propias manos las que, conducidas por la del Señor que todo lo regula y dispone, pondrán sobre su cabeza infantil la corona de mi patria.

Hace tres o cuatro días cené con Pedro, el conde de Traba..., aquel que está allí, al lado de la columna mayor, ¿lo ves? Sí, sí, aquel del soberbio atuendo de oro y encajes..., ese mismo... Pues estuve con él, como te estaba comentando, hace unos días, y juntos nos dedicamos a ordenar los últimos preparativos de la ceremonia. Como ayo del niño Alfonso, está muy interesado en que todo salga a la perfección, y en que nada pueda surgir que evite la coronación y el feliz reinado de su pupilo.

—Me preocupa —me decía, mientras paseábamos por los jardines del palacio episcopal— la presencia de doña Urraca. Después de la que armó, precisamente para impedir esta coronación.

—Es su hijo, compréndelo.

—¿Su hijo? —replicó el de Traba a mi comentario—. No creo que pueda mantener el título de madre una mujer que se ha pasado más de un año, desde que murió su padre, el rey don Alfonso VI, negándose reiteradamente a que el niño fuera coronado rey. ¿Eso es una madre? ¿Tú de verdad piensas que eso es una madre?

—Hombre, yo... Yo creo que las grandes decisiones políticas son muy complejas, y que cada paso que se da para resolver un problema trae detrás siete problemas nuevos con los que no se había contado. Los reyes no pueden firmar sus decretos con la misma alegría y celeridad con la que el tabernero compra una pipa de vino, sin consultarlo siquiera con el cabezal de la cama.

Pero en mi fuero interno no tengo otro remedio que reconocer que el conde tiene mucha razón, o por lo menos alguna. No sé si tú estarás de acuerdo, pero la actuación de Urraca es más que sospechosa. Lo primero que hizo en cuanto enterró a su marido don Raimundo, fue casarse en boda sacrílega con el rey de Aragón. Después armó un gran despliegue de ejércitos y diplomacias, porque quería conservar para sí misma la corona de Galicia; parece que lo que buscaba era juntar bajo un único cetro todas las tierras cristianas de España. No sé si serían esos sus planes, pero lo que sí sé es que jamás podrá verlos realizados, porque no coinciden con los de Dios. Y sé lo que me digo.

A mí la presencia de la reina en los actos de la coronación de su hijo no me causa tanta preocupación como al conde. Al fin y al cabo, ahora está

separada del rey de Aragón, y anda con él a la enemiga. Y no olvidemos que doña Urraca, por otra parte, ha acabado dando su consentimiento escrito y público a este acto solemne, y no es de esperar que esté tramando alguna de sus triquiñuelas. A mí me preocupa más, aunque tampoco demasiado, la presencia del caballero Minaya.

—¿Minaya? —preguntó asombrado el conde, al oír aquel nombre ya olvidado—. ¿Es que está Minaya en Compostela?

—Así es, amigo mío. No ha avisado de su llegada, pero tampoco hace nada por ocultarse. No tienes más que darte un paseo por la plaza de la catedral, y a buen seguro que te lo encuentras.

—Por curiosidad, ¿no habrá venido formando parte del séquito de Doña Urraca?

Había un brillo de intención pícara en la sonrisa del conde.

—No —le respondí; yo también me había hecho en su momento la misma pregunta y me había encargado de que se me diera respuesta completa y cierta—. Ha venido solo y se hace pasar por un charlatán de mercado, de esos que cuentan historias por unas monedas. Pero, claro, a algo más que a contar leyendas habrá venido; créeme que me gustaría mucho saber a qué.

Ambos convinimos en que, de todas formas, la presencia de aquel hombre en Compostela no era por sí sola un peligro del que temer grandes problemas, pero sí un tema a vigilar.

A mí, en el fondo, el que de verdad me da que pensar es el propio conde. Siempre tiene este hombre alguna segunda intención rondándole por la cabeza; una segunda intención extraña, lejana, insospechada... Aunque hace ya muchos años que lo conozco, esta faceta suya me tiene siempre en guardia contra sus ideas. Por eso le di largas cuando, hace ya siete u ocho años, me comentó, con muchas reservas y vericuetos de conversación, sus ideas sobre el futuro político de Galicia.

—¿Y no sería agradable a los ojos del Señor —me preguntó un día en su castillo de Caldas— que don Raimundo y doña Urraca tuvieran descendencia, y que por este medio se garantizara el establecimiento de una monarquía

gallega sólida? Porque tenemos ahí al lado al sarraceno, y no hace tanto tiempo que Almanzor se enseñoreó de la mismísima ciudad de Compostela.

—Como se suele decir, amigo Pedro, es muy difícil conocer los designios de Dios —le respondí prudentemente.

Por aquel entonces, yo ya sabía que don Raimundo de Borgoña era impotente, con lo que toda esperanza de que pudiera preñar a la bella Urraca estaba limitada a un milagro de los cielos, en el que prefería no confiar. El propio Raimundo me lo había dicho en confesión en numerosas ocasiones, y también su esposa. Pero, claro, la confesión es la confesión, y un siervo del Señor no puede divulgar ante otros lo que conoció por ese medio. Sólo si..., espero que me comprendas..., si se puede servir mejor a Dios hablando que callando...; pero, ¡qué va!, no era este el caso, al menos en aquella ocasión.

¡Ah!, ¿no lo sabías? Sí, amigo mío, sí; a ti te lo puedo decir con toda libertad: don Raimundo de Borgoña, el caballero más respetado y querido de la corte, era impotente.

¡Qué ironías! Él, conde y gobernador de Galicia, esposado con la más hermosa de las mujeres, era impotente; y yo, en cambio, obispo y dedicado al puro culto de Dios, era un hombre entero, dotado por la Divina Providencia para ser marido, si mi condición no me hubiera puesto por encima de ciertos placeres, de la joven y bella Urraca, o de cualquier otra joven y bella señora. A veces uno tiene que pensar que los planes de Dios superan en dificultad a la mente, que por otra parte habría que suponer preclara, de un obispo.

No me gustaría que creyeras que soy un pecador de la carne, ni que mi conducta viene marcada por la búsqueda de ese tipo de deleites. Nada sería más contrario a la verdad.

Te diré, y esto debe ser por ahora un secreto que estoy seguro que tú serás capaz de mantener, que estoy dedicado en cuerpo y alma a luchar contra la lujuria que impera en Galicia, empezando por algunos de sus monasterios, focos inmundos de corrupción y vicio, lupanares con voto de castidad. Es un problema viejo, pero yo tengo una lucha personal contra él. Ya don Ramiro II llamó *calervas impudicorum* al monasterio de Samos; y yo mismo tengo en mi poder las actas de un concilio hecho por don Sancho I de Galicia, en el

que, refiriéndose al monasterio de Logio, se dice *At vero ex fornicatione nati possidebam locum sanctum, quem in lupanar facerent perversum*. ¡Qué vergüenza!

También el propio rey de España me habló de esta cuestión cuando fui a Toledo a cumplimentarlo, tras mi nombramiento para la sede de Compostela.

—Obispo Gelmírez —me dijo don Alfonso VI, abuelo de este otro Alfonso al que hoy coronamos como rey de Galicia—, por toda la cristiandad hay pecado, porque pecado y hombre son viajeros que caminan juntos.

—Así es —respondí—. El que estuviere libre de pecado, dijo Cristo, que tire la primera piedra.

—Luego —prosiguió el monarca—, nada ni nadie está exento de falta; ni siquiera los monasterios. Sin embargo, parece que en el interior de los monasterios no debería haber tanto pecado como fuera de ellos, porque los monasterios son lugares santos que se cierran de fuerte piedra precisamente para separarlos de las tentaciones del mundo.

—Así es —acepté, con escueta prudencia.

—Y, si eso se puede decir de los monasterios en general —prosiguió el rey con parsimonia—, ¿qué no se podrá afirmar de los monasterios gallegos, que tan cerca están de la bendita sepultura del hermano de Cristo, nuestro patrono Santiago?

—Parece evidente que los monasterios gallegos deben ser ejemplo para el orbe cristiano, señor —respondí.

—¿Ejemplo? —preguntó el rey—. Ejemplo, obispo Gelmírez, ¿de qué? ¿De santidad o de pecado? Galicia está llena de monasterios dúplices, en los que se halagan las ansias pecadoras del mismísimo demonio.

—Pero son muy pocos —respondí yo, tratando de defender el buen nombre de mi diócesis.

—Pues sería mucho mejor que no fuera ninguno —me replicó él en tono de orden.

No era el rey el único interesado en esta grave cuestión. El papa Pascual II me habló en los mismos términos en su bula para Galicia: *Aquello que hemos oído decir de que en tu región habitan monjes con monjas, es de todo punto inconveniente. Para cortarlo, disponga enérgicamente tu experiencia de manera que los que actualmente están juntos se separen en divididas habitaciones, según mejor pareciere a tu discreción y al consejo de varones religiosos; y en adelante no vuelva a tomarse tal costumbre.*

Como ves, reyes y papas son de una misma y unánime opinión en lo que respecta al pecado de la carne. Pues, amigo, que te quede claro: yo también.

El conde de Traba, en cambio, como hombre de mundo que es, no parece preocuparse nunca por este tipo de pecado. A él lo que le importa es aumentar su hacienda, mejorar su linaje y lograr que Galicia consolide un puesto claro entre los reinos cristianos. Por eso insistía tanto en que don Raimundo preñara a la bella Urraca y engendrara un hijo, que estuviese llamado a ser rey de Galicia.

Hoy en día estoy plenamente convencido de que el conde tenía razón cuando decía que un soberano puramente gallego sería más útil para el servicio y gloria de Dios que esta situación ambigua en la que hasta ahora vivimos.

Ayer mismo, sin ir más lejos, tuve ocasión de comprobar una vez más la falta que hacía un rey gallego; fue con motivo de la reunión del cabildo catedralicio de Compostela, que convoqué para dar los últimos toques a los actos de hoy. De los setenta y dos canónigos, no faltó más que Ostulato, cuya edad no le permitió levantarse del lecho. Todos los demás, algunos de ellos más viejos que el propio Ostulato, y otros tan enfermos como él, hicieron acto puntual de presencia; nadie quiso perderse una reunión de tanto interés.

Tras las oraciones al Apóstol *huius sacratissima ossa ab Ierosolimis ad Hispanis translata*, del Martiriologio de Usuardo, yo tomé la palabra y abrí en nombre de Cristo el capítulo del cabildo, dándole la voz a los demás, porque me interesaba mucho conocer su opinión sobre el significado y la transcendencia de los actos de hoy.

Dos cosas pude deducir del debate y de la amplia discusión que se originó a continuación. La primera fue que la mayoría, la práctica totalidad de los canónigos, aceptaba con alegría la presencia de un rey gallego; fueron muchas y muy sólidas las razones que dieron unos y otros, aunque quizá ahora no vengan al caso. Y fue la segunda la recomendación general de andarse con mucho cuidado con la abadía de Antealtares, que sin duda trataría de arrimar la real sardina a su propia y benedictina ascua.

Dejemos lo de los benedictinos de Antealtares que, como tú bien sabes y lo sabe todo el mundo, son la constante obsesión y pelea de los canónigos de Santiago. Lo importante, como te decía, era esa unánime opinión sobre las ventajas que un rey de Galicia evidentemente habría de aportar al servicio de Dios. Los canónigos no tienen un buen concepto de doña Urraca, y en general piensan que su reinado no está contribuyendo tanto como los de sus antecesores a engrandecer la diócesis de Compostela.

—Esa tirana —llegó a decir en un cierto momento de acaloramiento el canónigo Giraldo— es la reproducción de Jezabel, porque así como Dios quiso castigar a Israel en la antigüedad asignándole como rey a Acab y como reina a su esposa Jezabel, así ha querido castigar a Galicia en nuestro siglo, dándole como condesa y gobernadora primero, y como reina después, a doña Urraca la leonesa.

—Algún pecado habremos cometido —comentó, más sereno, el joven Hernán.

—Nosotros, no —rugió Giraldo—, que nosotros somos canónigos. Los benedictinos de Antealtares, con su ambición ridícula, ilimitada y pecaminosa de más y más bienes materiales, de poder terrenal, de rentas y dineros, tal vez.

Como ves, tenía razón el conde de Traba; bueno, por lo menos los canónigos se la daban.

Supe, ya desde las épocas en las que no era más que administrador de la diócesis vacante de Compostela, que Galicia estaba llamada a ser el faro que iluminase el orbe cristiano y, por tanto, el mundo entero, ya que sólo la luz de Cristo es luz verdadera, luz de camino y de vida. Mi convencimiento no era,

como tal vez se te haya ocurrido pensar, el producto de un amor bondadoso y ciego por mi patria. No; mi convencimiento había nacido del raciocinio y del examen frío y pausado, no del corazón ardoroso ni de la pasión ciega.

¿Tú por qué crees que el discípulo preferido de Cristo, su propio hermano, eligió Galicia como morada final para sus huesos? ¿Por un capricho, tal vez, de hombre senil?

No creo que pienses que Santiago el Mayor llegara nunca a ser un viejo sujeto a ese tipo de limitaciones. No, ni sus siete discípulos emprenderían un largo y peligroso viaje desde Jerusalén hasta Iria Flavia con el cadáver de su maestro, si no supieran que la mano de Dios habría de llevar la barca a buen puerto. Ni el propio Señor tomaría, como es sabido que tomó, el cuerpo de nuestro Santo por los aires, hasta soterrarlo en el lugar de los Arcos Marmóreos, que entonces era sólo campiña agreste y solitaria, y hoy es la ciudad de Compostela.

Pero no se limita a eso mi convencimiento. La propia Cosmología nos da razones adicionales. Todos sabemos, tú como yo como todos los demás, que Galicia es el fin del mundo, y que no lejos de aquí está el *finis terrae* de las tierras cristianas. ¿Por qué tendría que venirse el Santo a este extremo de la cristiandad? ¿Por qué no optó por buscar el sitio céntrico, es decir, Roma, para bendecirlo con su sepultura? ¿Por qué piensas que prefirió este rincón remoto, este fin de la tierra a donde no hay que venir para ir a sitio alguno?

La respuesta es muy sencilla: Roma es hoy el centro del mundo, pero algún día lo será Compostela. Yo no sé decirte el tiempo que puede tardar en ocurrir, tal vez otros mil años de cristianismo, pero ocurrirá.

¿No crees en mis palabras? Fíjate en la gran multitud de las rías gallegas, todas ellas con sus ríos que le aportan abundancia de arenas y piedras de las altas montañas. Observa también que toda esa masa se va añadiendo instante tras instante, año tras año, a los fondos de las rías de esta Galicia nuestra, ampliando sus orillas lentamente, en una labor que cada día puede no notarse, pero que va dando sus frutos con el paso de los siglos. Sí, hermano mío, las tierras de la cristiandad crecen por Galicia, y el mundo se acrecienta y se agiganta precisamente por este lado. Lo que hoy vemos extremo y fin de la tierra,

será algún día su centro. Ese día Compostela será la capital del mundo, su obispo será el papa, y los planes divinos se habrán realizado cumplidamente.

Si te hablo de los planes divinos con tanta seguridad y conocimiento, no es porque los suponga ni porque los haya deducido por razones sutiles. No. Hablo de ellos como hablo porque me han sido informados directamente por Aquel que los ideó.

Un día, siendo yo ya obispo de Compostela..., sé que serás discreto, porque la gente suele exagerar después estas cosas, y acaban haciendo un santo de quien tal vez no sea más que un pobre pecador... Pues bien, un día, es decir, una noche, el Señor se me presentó en sueños. No puedo definir sus formas o colores, porque sólo se me ha permitido recordar las palabras divinas.

—Diego Gelmírez, obispo de Compostela —me dijo.

Yo reconocí de inmediato la autoridad de aquella llamada. Me postré ante mi Dios, dominado por una emoción que no sabría describirte; tal vez tuviera un algo de miedo, otro algo de asombro... También una pizca de orgullo ¡quién sabe!

El Señor me dio consejos diversos, que ahora no viene al caso recordar, pero finalmente me habló de sus planes, y me informó de que había un par de cuestiones que le estaban entorpeciendo su recta ejecución.

—Señor —me atreví a responder en algún momento—; si yo soy alguna de esas cosas que dificultan tus planes, aplástame como a una hormiga; haz como el hombre piadoso, que anda por los caminos sembrando tu palabra entre las muchedumbres, y que pisa inocentemente, sin percibirlo, los pequeños insectos que quedan debajo de sus sandalias.

—No, Diego —me respondió Dios—. En verdad te digo que tú eres parte central de mi plan, porque serás papa y padre de papas.

—Pero, Señor —respondí—; si no soy más que un humilde clérigo sirviéndote en Compostela, ¿cómo podré ser parte central de tus planes?

—Aquel que rige la sede de los Arcos Marmóreos regirá el mundo. Porque los arcos de la tumba de mi hijo Santiago señalan el centro de las tierras cristianas.

—Dime qué debo hacer, Señor, porque mi corazón no es más que un corazón de hombre, y no se le abren con facilidad las puertas de los arcanos celestiales.

—Pues oye bien la orden que te doy —me dijo el Señor con una voz si cabe más clara y más fuerte que la que había estado usando—. Tendrás que solucionar los dos problemas que entorpecen la recta ejecución de mis planes: el primero de ellos es la existencia pecaminosa de conventos dúplices en Galicia; el segundo, la falta de un rey gallego.

Y en el preciso instante en que el Señor acabó de pronunciar estas claras palabras, desperté.

Era plena noche; fuera, en las calles y en el patio, la lluvia caía mansamente. Me levanté, envuelto en sudor, asustado y emocionado. Subí el mainel de una ventana y me asomé a la noche fresca.

¡La lluvia! ¡La lluvia gallega!

Era la lluvia que alimentaba los manantiales, la que acababa arrastrando arenas y piedras a las rías; era la lluvia que hacía que la cristiandad creciese por Galicia. No llovía de esa forma en León, ni en Portugal, ni en tierra de sarracenos; ni en la mismísima Tierra Santa llovía como en Galicia; ni llovía en Roma como en Santiago.

Mis humildes, sencillas reflexiones sobre Compostela no eran vanas quimeras; el propio Dios había venido a sancionarlas con el marchamo de su Verbo.

A la mañana siguiente, con la emoción que serás capaz de suponer, rendí confesión ante el abad de Antealtares. Le confesé, como siempre, mi único pecado: el de encontrar hermosa a Doña Urraca. El abad me recordó una vez más que el libro penitencial del obispo Burchardo no dice que sea ilícito apreciar la perfección de la obra divina, por más que se concrete en un ser mortal, siempre y cuando las pieles de ambos protagonistas no lleguen a entrar en contacto.

—¿No será, hermano obispo —me preguntó el abad—, que anida en tu corazón la sombra de algún problema? A veces el alma está pura y blanca, sin mácula

pecaminosa alguna, pero en ella ha hecho su nido un fermento que algún día puede llegar a convertirse en culpa. ¿Será ese tu caso, hermano obispo?

—Creo que no; pero tengo intranquilidad, desasosiego y miedo. Sólo deseo que me ayudes a aquietar mi corazón.

—¿Por qué me pides la confesión —insistió el abad—, si no tienes pecado alguno, excepto ese remordimiento piadoso e inocente del que tantas veces te he oído quejar? ¿No será que los canónigos de la catedral están preparando alguna nueva usurpación contra la abadía de Antealtares?

El abad siempre me hacía el mismo reproche. Ya se había convertido para mí en una rutina oír a los benedictinos quejarse de los canónigos y viceversa. Y, si he de ser sincero, te diré que jamás he comprendido cómo dos comunidades de hombres doctos y de gran talento, dedicados en cuerpo y alma a una misma y santa misión, todos ellos al servicio del único Señor, Dios verdadero, y bajo unas creencias idénticas, puedan estar enfrentados de esta forma tan agria, tan frontal, tan absoluta... Tranquilicé al abad en sus temores, o al menos procuré hacerlo, y regresé a la catedral, espiritualmente preparado para ponerme a cumplir las órdenes del Señor.

Serás papa, me había dicho. Serás papa y padre de papas. Eso de ser padre de papas me resultaba algo críptico, alegórico... Al fin y al cabo, yo era clérigo, y me estaba prohibido conocer mujer alguna; ¿cómo podría ser padre ni de papas ni de ninguna otra clase de humanas criaturas? Además, el Señor me había hablado en plural; no me había dicho que tendría un hijo papa, sino varios, lo que me pareció un poco raro. Probablemente el Señor había querido decir que yo sería papa y que lo serían mis sucesores, ya fuera en la sede romana, ya en la de Compostela. Por lo tanto, o yo sería elegido obispo de Roma, o el papado se trasladaría a Galicia. Y esta segunda posibilidad, acorde con mis propias ideas, probablemente inspiradas por la gloria divina, era además coherente con el resto del mensaje de Dios. Si sus planes se veían entorpecidos por cosas de Galicia, ¿qué duda podría haber de que Galicia era el centro de su atención?

Dios no se preocupaba por los pecados de los monasterios de Roma, que tampoco serían perfectos, digo yo, ni por la existencia o inexistencia de reyes romanos. No; sólo las cosas de Galicia estaban entorpeciendo los planes divinos; no era difícil, a la luz de estas ideas, imaginarlos.

Créeme. El lugar de los Arcos Marmóreos, descubierto por mi antecesor, el obispo Teodomiro, allá en los tiempos de Carlomagno, está llamado a ser el centro de la cristiandad.

Si volvieras al mundo dentro de mil años, no lo podrías reconocer.

3

MENENDO, OBLATO

Para un niño silvicultor, acostumbrado a dormir en las charcas del monte y a comer gachas en verano y castañas en invierno, verse de pronto convertido en niño oblato del monasterio de Sobrado fue como entrar en la mismísima gloria.

Tú seguramente no podrías comprenderlo, como tampoco lo comprendería la gran mayoría de las personas que hoy asisten, colmando en multitud esta plaza de Compostela, a la coronación del rey de Galicia. Ni tú ni ellas habéis vivido el monte ni habéis tenido que construir cobertores de paja con que proteger de la lluvia implacable vuestros cuerpos ateridos. Nunca habéis experimentado el goce de llegar en plena noche a una oquedad conocida en la que encender un fuego. Nunca le disputasteis la presa al lobo. Pero yo sí. Mi infancia estuvo hecha de cobertores de paja, de lluvias y noches, de oquedades, de lobos y de fuegos. Por eso tomé por la gloria aquel enorme edificio en cuyo interior no llovía, y aquella vida llena de luz, calor y pan. ¡Pan, amigo, verdadero pan de horno!

El monasterio estaba, y digo yo que seguirá estando, en un valle amplio, próximo a una laguna; abundaban a su alrededor los bosques de castaños y de robles, pero sobre todo había muchos prados, por los que pastaban las vacas de la comunidad. La laguna, a la que los monjes y las monjas

llamaban «el estanque», tenía truchas y otros peces que servían para alimento de la comunidad en aquellas ocasiones en las que la carne estaba prohibida. Y había un canal, largo y cristalino, que iba desde el estanque hasta el monasterio, y por el que llegaba el agua que movía primero el molino y que después se usaba para beber.

Cuando llegué al monasterio, como te decía, me pareció tan maravilloso verme repentinamente redimido de los fríos y las hambres con que la vida me había castigado, que me juzgué el más feliz de los mortales. Pero pronto pude comprender que ser niño oblato también tenía sus padecimientos. No, aquello todavía no era la gloria, como yo había creído.

Lo que más solía molestar a la mayoría de mis compañeros oblatos era el rigor de las reglas de protección. Estas reglas obligaban a que siempre se hicieran grupos de al menos tres niños, permanentemente vigilados por un maestro. Todo esto se hacía para alejar a los niños del pecado de por abajo. Los contactos físicos estaban totalmente prohibidos; por ejemplo, si un niño oblato le tenía que entregar algo a alguien, no podía hacerlo directamente en su mano; lo tenía que colocar sobre la mesa, la silla o cualquier superficie apropiada, de donde la otra persona lo recogía. La única excepción era la entrega de libros santos que hacía el monje sochantre.

A mí estas prácticas nunca me molestaron, porque yo creo, a pesar de lo que después me hubo de suceder, que Dios sembró de forma natural en mi corazón el odio al pecado de por abajo, ya desde el momento en que mis padres se afanaban en engendrarme.

Otra gran servidumbre y contrariedad del monasterio eran los castigos que se nos hacían a los niños. Las culpas menores se extinguían por el látigo; el preceptor te llamaba y decía que te habían correspondido, por ejemplo, ocho latigazos; además te decía por qué, para que evitaras la reincidencia.

La reincidencia quiere decir repetir una falta por la que ya te hubieran dado latigazos anteriormente.

El que hacía reincidencia era un reincidente, y eso era pecado; a los reincidentes, además del látigo, se les sometía a ayuno en una mazmorra, extremo este de gran rigor y que en más de una ocasión llevó al interesado

ante el Juez supremo. A esto se le llamaba «muerte por reincidencia» en el responso que se solía hacer en favor del alma del difunto. Si se me aplicase a mí ahora, ¡pobre ánima mía!, semejante pena por lo mucho que reincido en mis pecados de por arriba, o sea, en beber vino, hace ya muchos años que me tendrían que haber hecho el responso.

Todo esto que te estoy contando era sólo por las faltas leves. Cuando la falta era grave, el niño podía llegar a recibir tormento ante sus compañeros. No sé si sabes lo que es tormento, pero es una cosa que duele muchísimo. El tormento duele tanto que le duele incluso al que lo ve, y no sólo al que lo sufre de forma directa, como pasa con los latigazos.

Los casos muy, muy, extremos eran castigados con excomunión.

La excomunión, como el tormento, tenía su ceremonia propia. Se desnudaba completamente al excomulgado, llevándolo en procesión universal hasta la puerta del monasterio. Se le decía universal porque era una procesión en la que participábamos todos: los niños oblatos íbamos rodeando a nuestro compañero, a quien el abad sujetaba firmemente por un codo; a nosotros nos seguían las monjas y detrás de ellas los monjes. El sochantre abría de par en par las pesadas puertas del monasterio, ayudado por unos cuantos niños oblatos. Entonces el abad expulsaba al pecador diciendo *Pange lingua gloriosi, praelium certaminis*, creo recordar. Mientras el pobre rapaz cruzaba las enormes puertas, muerto de vergüenza, cuando no de frío, los demás entonábamos un *Miserere*; las puertas se cerraban detrás del infeliz, víctima de la desnudez y el oprobio, al que jamás volvíamos a ver.

Claro que este tipo de castigos extremos se regulaba según las circunstancias personales de cada niño. Por ejemplo, recuerdo el caso de dos niños oblatos que una noche se escaparon de nuestro dormitorio y se metieron *contra regula* en el de las monjas novicias. El monje condestable, que casualmente estaba en aquellas horas nocturnas por la misma parte del cenobio, los descubrió, con el consiguiente escándalo. Uno de los niños fue sometido a excomunión, y se le aplicó el trámite de la desnudez y la expulsión vergonzante; el otro, que era sobrino del conde don Bermudo, fue enviado al monasterio de Caaveiro, lo cual, como decía el abad, era un castigo aun peor.

¿Ves cuántas cosas estás aprendiendo de la vida de los oblatos de monasterio? Látigo, reincidencia, excomuni3n, tormento... El mundo est1 lleno de cosas que desconocemos, y que nos sorprenden mucho cuando llegamos a verlas. Pero por mucho que hayamos visto, siempre nos quedar1 mucho m1s por ver. ¡Qu3 grande es la creaci3n!

Pues permíteme que te diga algo m1s: hay tanto mundo dentro de un monasterio, que desde all1 parece que el mundo de fuera es muy peque1o.

Dentro de un monasterio, igual que fuera, hay orden y ley y se1ores, hay pecado y castigo; se come, se duerme, se reza, se trabaja; hay d1as y noches, veranos calurosos y fr1os inviernos. Por eso, el que vive en un monasterio acaba por creer que la creaci3n est1 formada por dos partes desiguales: la de dentro, que es grande y conocida, y la de fuera, que es m1s peque1a, alejada de Dios, llena de males...

Tal vez a causa de ese pensamiento, raras veces se autorizaba a los ni1os a salir de los recios muros de aquella prisi3n. Cuando as1 era, lo que s3lo pod1a ocurrir en domingo, ten1amos que ir en grupos de tres o m1s; no pod1amos alejarnos del valle de Sobrado; se nos obligaba a estar de regreso antes de que las campanas tocaran el toque de V1speras; y, finalmente, no se nos permit1a entretenernos con las personas que nos pudi3ramos encontrar. Los aldeanos lo sab1an y se alejaban de nosotros; quiz1s tambi3n ellos tuvieran reglas sobre este tema, no lo s3.

Cu1ntas reglas, cu1ntas prohibiciones, ¿verdad? Supongo que todas estas normas eran para proteger a los ni1os oblatos de las opiniones her3ticas, que pueden llevar al pecado a un hombre sabio y maduro, y no digamos a un ni1o que a1n no tiene m1s que un conocimiento muy superficial de la verdad revelada.

Ni los castigos ni el encierro ni las reglas de protecci3n habr1an sido causa bastante para que yo abandonase por mi propia voluntad la vida de ni1o oblat.

Para m1 hab1a algo mil veces m1s insufrible que aquel rigor y aquella disciplina, algo que requer1a m1s fuerzas que las pocas con que contaba mi coraz3n: los estudios. En efecto, se nos obligaba a aprender el lat1n, y a leerlo y escribirlo, operaci3n de dificultad insuperable, al menos para aquel ni1o

montaraz que yo era. Y no me juzgues torpe, aunque reconozco que lo soy, pobre de mí; no seas ligero en tu opinión; estudia tú mismo el latín, y dime después si lo encuentras fácil o difícil.

Yo era de los que lo encontraban más difícil. Otros había que eran capaces de dominarlo en poco tiempo, como dicen que le pasó a Odón, un niño oblato que aprendió el latín en un solo día, y que después llegó a ser el abad de Cluny. Pero el Mismo que le había dado a Odón esa capacidad prodigiosa, me la había negado a mí. Yo nunca pude llegar a entender nada de aquel idioma sublime, tan útil para hablar con Dios.

De todos los niños de mi edad, el más listo era Hugo. Hugo era un niño oblato, un francés de noble cuna. Hugo era serio, trabajador, amante de los libros...; no parecía un niño. Hugo era mi amigo. Martín también. Martín no era ni tan listo como Hugo ni tan torpe como yo. De los tres, Martín era el único niño de verdad.

Un domingo de primavera, Martín, Hugo y yo salimos a pasear por los robledales de Sobrado. Los enormes carvallos estaban estrenando su hoja, y la frescura de sus brotes brillaba en el verde claro de sus altas copas y de sus ramas. No llovía, o por lo menos no estaba lloviendo cuando salimos, aunque las nubes iban y venían como si nos quisieran avisar que podríamos mojarnos. Claro que, ¿a quién le importaba mojarse o dejarse de mojar? No éramos tres silvicultores jugándonos la salud o la vida en una mala noche de tormenta, sino tres niños oblatos del monasterio, protegidos por todo el santoral, tres niños que se estaban preparando para ser abades, obispos o arciprestes.

Hugo nos contaba las enormes proporciones de los carvallos de Francia, comparados con los cuales, los de Sobrado no eran más que humildes arbustos raquíticos. Y nos decía que el castillo de su tío don No Sé Qué tenía unas torres más altas y poderosas que las de nuestro sencillo monasterio.

Hugo no era propiamente un niño, como te dije, sino un viejo muy sabio que llevaba pocos años viviendo. ¡Qué admirable era aquel rapaz para Martín y para mí! ¡Y qué admirable no sería también su Francia natal!

Desde que conocí a Hugo, siempre quise ir a Francia, hacer una peregrinación de Santiago al revés, justo al contrario de la que hacen los franceses. Me gustaría llegarme hasta el castillo del tío de Hugo, subir a lo más alto de sus torres ciclópeas y desde allí tocar con la punta de mis dedos las ramas de los carvallos de Francia. Sólo de pensar en aquella altura tremenda, me entra vértigo. Pero, por ahora, nunca he tenido la oportunidad de hacer ese viaje maravilloso. Una pena, ¿no?

La amenaza de lluvia se hizo realidad en el momento más inoportuno: cuando estábamos en pleno monte, alejados de todo posible resguardo, casi medio perdidos por un camino empinado que culebreaba entre la vegetación salvaje. Empezaron a caer gruesas gotas; al principio unas pocas, luego más, finalmente muchísimas. El agua nos empapó a los tres. No lejos de nosotros se encendió la chispa breve de un rayo y, un instante después, pudimos oír el trueno, como el rugido de un lobo que nos quisiera meter miedo. Yo me sentía radiante, recordando mis épocas de silvicultor, aspirando el aroma de la resina, de la tierra mojada, oyendo la música de la lluvia y chapoteando en los breves charcos del monte y en los primeros hilos de agua.

En algún momento en que me volví hacia Hugo para compartir con él la alegría del juego, vi que estaba llorando; seguramente en su Francia feliz, la de los enormes robles, la de los altos castillos, las tormentas no eran tan fuertes como las de Sobrado. Y aquello, Dios me perdone por pecar de orgullo, me halagó mucho en mi pundonor.

—Pero, Hugo —le dije—, no te preocupes. ¿No ves que hemos venido hasta aquí subiendo por el monte? Pues llegaremos al monasterio bajando. Vayas por donde vayas, si bajas, acabarás en el monasterio. Y no preocupes por la lluvia, porque no va a hacernos otro daño que el de mojarnos. ¡Pues que nos moje! No tenemos más que secarnos, y listo.

Tal vez mis palabras sirvieron para calmar un poco las emociones de mi amigo. Casi había dejado de llorar cuando un nuevo rayo, mil veces más brillante que el primero, encendió de luces la tarde oscura. Inmediatamente retumbó todo el monte con el estallido del trueno. Hugo se asustó y volvió a llorar, esta vez con unos quejidos de angustia, como si estuviera asistiendo a una sesión de tormento a algún pecador redomado.

Aquello me enseñó que el latín sirve para muchas cosas, pero no para todas, enseñanza que recibí con gran placer para mi ánimo. Y aprendí también que un tío con un castillo enorme puede, en ciertas circunstancias, ser menos útil que un padre silvicultor y decapitado.

Pero la realidad del convento era diferente de la realidad del monte. No era más real ni menos real. Eran dos realidades distintas, y había que vivir en la una o en la otra. Y el latín, que de nada le había servido a mi amigo Hugo para habérselas con un simple chaparrón, resultaba indispensable para sobrevivir en la realidad del monasterio de Sobrado. Por eso un día, cuando yo ya llevaba tres años peleándome con aquellas lecciones de latín enloquecedoras, el preceptor del monasterio me hizo llamar y me dijo:

—Menendo, hermano, has llegado a tener alguna habilidad con los números y las cuentas, y creo que sabes pesar, y medir, y calcular los costes de las mercancías, según me cuentan.

—Sí, porque vendía en las ferias —respondí con humildad, extrañado de que el preceptor me llamara para alabar mis conocimientos, y no para decirme el número de latigazos que me habían correspondido.

—Sin embargo, parece que el latín y las escrituras te resultan un poco más difíciles.

—Así es, hermano preceptor —reconocí.

—¿Y tú quieres ser clérigo?

—Yo quiero ser clérigo más que nada en este mundo. Porque soy hijo del pecado, y necesito andar en el servicio al Señor si quiero vivir en gracia. Y también quiero ser monje, con la ayuda de San Benito.

—Pero no se puede ser ni clérigo ni monje si no se domina el latín, Menendo. El iletrado nunca llegará a percibir las sutilezas de los filósofos, ni a gozar con las liberalidades de los poetas.

—¿Y eso es malo, hermano preceptor? —pregunté con humildad.

—Depende, hijo, porque la filosofía y la poesía también son caminos del pecado. La filosofía puede hacerte hereje; la poesía, pagano y vago.

—Por eso el Señor me ha cerrado el camino del latín —comenté—; supongo, ¿no? No querrá que yo sea un monje hereje, pagano y vago.

—Pero, Menendo hermano, sólo el docto puede enseñar la palabra de Dios. Recuerda a Gerberto, que de pastor de ovejas pasó a niño oblato, luego a monje y después a papa. ¿Tú crees que Gerberto podría haber andado ese camino de perfección sin haber aprendido latín?

—Le habría resultado imposible —reconocí de nuevo.

—Entonces, Menendo hermano —preguntó el preceptor, cruzando ambos brazos sobre su pecho y mirándome fijamente—, ¿qué crees tú que podemos hacer contigo?

No te voy a entretener más con aquella conversación, si no es para decirte que la empecé siendo niño oblato, y la terminé siendo lego *custus vini*, a las órdenes del monje cillerero. O sea, que fue el propio monasterio, ¿entiendes?, el monasterio, no yo, el que me hizo vinatero, poniéndome así en el camino directo del pecado. Claro que el camino lo anduve yo, no lo anduvo el monasterio.

Pero yo entonces no sabía que ser vinatero me iba a convertir en pecador recalcitrante; para mí, el vino no era en aquellas épocas sino la sangre de Dios, consagrada por Jesucristo en la última cena. Por eso celebré con alegría inocente aquella nueva mutación que me traían los cielos.

A lo largo de mi vida he tenido la oportunidad de sufrir tres cambios muy importantes, y tengo que reconocer que en todos ellos mejoré grandemente en comodidades y bienestar. En cierto modo, también mi vida ha sido por ahora, como la de Gerberto, un camino de perfección; sin embargo, ¡qué sabia es la mano de Aquel que rige nuestros destinos!, Gerberto pudo hacer su camino gracias a saber latín, y yo pude hacer el mío gracias a ignorarlo.

De los tres cambios de que te hablo, el primero fue cuando pasé de niño silvicultor que vagaba por los montes de Galicia a niño oblato con mesa y cama en el monasterio de Sobrado; ese cambio me liberó del frío y del hambre. El segundo cambio fue este que ahora te relato, en el que pasé de niño oblato a lego vinatero, con la consiguiente liberación del castigo del

latín, idioma insufrible y que, además, puede llevarte, según el preceptor, a la herejía y al paganismo. El tercero consistió en que, algunos años después, el obispo Gelmírez me llevó con él a Compostela, para formar parte del servicio de su casa, con lo que me libró de la disciplina monacal de Sobrado.

La vida de un vinatero es mucho mejor, muchísimo mejor, que la de un niño oblato. No sólo no tiene que estudiar latín, ni se le aplica el látigo por cualquier minucia, ni se le excomulga por mucho que peque, ¡que la Santa Madre de Dios me perdone si blasfemo!, sino que además goza de la más amplia de las independencias.

Yo dormía en la bodega, siempre con una lámpara de aceite encendida, para ahuyentar al ladrón. Me encargaba de pisar la uva, reparar los toneles, preparar y repartir el *pigmentum*, el *herbatum* y el *helnatum*, que son vinos con aromas especiales para algunos días también especiales; en general, todas las cuestiones relacionadas con el vino eran de mi incumbencia directa. Tenía también otras misiones, como la de calentar y llevar agua para que los monjes y las monjas se lavaran los pies en los días más crudos del invierno, o la de preparar los braseros para los niños oblatos.

Todas estas tareas me tenían muy entretenido todo el día, y sometido a una soledad que me resultaba grata.

Cuando dejé de ser niño oblato, Hugo dejó de ser amigo mío; no me dirigía la palabra, si no era indispensable, cuando me veía preparando los braseros. Martín sí, pero Hugo no. Y nunca supe muy bien por qué; podía ser porque Hugo no quería perder el tiempo con un simple lego del que nada habría de aprender, a no ser que se estuviera en el bosque; y podía ser también porque el alma de Hugo no era tan grande como el castillo de su tío el francés, ni tan robusta como los enormes carvallos de su patria, y no podía recordar con placer que yo, que no sabía ni latín, le hubiera visto llorar en medio de una lluvia de nada. Prefiero suponer lo primero que lo segundo. Me parece menos pecado.

Por cierto que, hablando como estamos de pecados, te diré que en el monasterio de Sobrado había dos comunidades diferentes; una de varones, que ocupaba tres dormitorios corridos, y otra de monjas deodevotas, que

ocupaba dos. Aunque todos estábamos supeditados al abad, las monjas también tenían una abadesa propia. Las dos comunidades hacían algunas actividades por separado, sobre todo las de los rezos cotidianos, las de higiene y las de agricultura; otras veces, sin embargo, se reunían, como era por ejemplo para comer, o en las misas solemnes de los días señalados.

Algunas veces, San Millán de la Cogolla interceda en su perdón, algunos monjes y monjas se reunían en uno u otro de los dormitorios y se dedicaban a pecar por arriba y por abajo. Yo les llevaba el vino, pero me escapaba de allí rápidamente porque, como ya te dije, tengo en mi corazón un odio innato al pecado carnal. Parece mentira que, siendo yo de esta naturaleza, haya llegado después a hacer lo que hice.

En mi refugio solitario de la bodega, mi única compañía era el vino. Había allí caldos muy diferentes, no sólo de los producidos por mí mismo y por otros monjes de Sobrado, sino también el que procedía de diversos monasterios de Galicia, producto de regalos que las comunidades religiosas se hacían unas a otras. Además, a veces recibíamos partidas importantes en donación de grandes señores, que querían contribuir con sus riquezas terrenales al bienestar de quienes habían dedicado sus vidas al culto divino.

Y así pude conocer y apreciar los vinos bravos de las costas del norte, como los de Vivero y Jubia, de paladar agreste; los de coloración fuertemente rojiza que nos mandaban de las tierras del Miño, como los de Celanova y Pombeiro, y algo también de Rivas del Sil; los vinos turbios, con un punto ácido, de Pontevedra, Tuy y Cambados, tan gratos para refrescar las tardes calurosas del verano, para lo que tampoco se desaconseja esa joya que producen en El Rosal, o el dulce vino de manzanas que nos mandaban de Tineo; los vinos de Braga, tan sutiles al paladar, tan refinados, y a los que, no sé por qué, les llaman verdes; los enérgicos caldos de Zamora y Cacabelos, que tienen tanta fuerza que tumban pronto al bebedor imprudente, fortaleza de la que también pueden vanagloriarse los vinos de Castañeda, Burbia, Foncebadón...

Catando unos y otros vinos, llegué a desarrollar un paladar experto, que hacía que mi opinión en este tema fuera muy apreciada por todo el mundo; pero también fui alimentando este demonio monstruoso que habita en mi

interior, y que me esclaviza con sus exigencias constantes de más vino, y más vino, y más vino... Ese demonio que me ha convertido en un pecador de por arriba como pocos hay, Dios me perdone *in nomine sancte et individue Trinitatis. Amen.*